

PANEGIRICO DEL AZUCAR
por
ROSENDO CHEVREMONT

Los últimos cables informan que Inglaterra está en vías de endulzar la gastronomía y el flemático "temper" inglés poniendo fin, en el curso de este año, al racionamiento del azúcar. A tales efectos, el Ministro de Hacienda de Albión anunció que su país acaba de comprar casi todo el excedente de la última zafra de azúcar cubano.

El consumo per cápita de azúcar en el Reino Unido desde la implantación del racionamiento en 1940, ha sido calculado, según estimativas conservadoras, en alrededor de 31 libras anuales, mientras que en los Estados Unidos se ha mantenido en 100 libras anuales. Sería interesante indagar si el mayor consumo en perspectiva influye lo suficiente sobre el carácter inglés para lograr un más auténtico acercamiento -en términos políticos y socio-culturales- con su avúnculo sajón allende el Atlántico. Se ha comprobado que el azúcar de caña -la variedad que nos concierne a los puertorriqueños- produce carbohidratos casi puros -la sacrosa y la levulosa- los cuales el cuerpo humano asimila y utiliza directamente, elevando la tónica cordial y cerebral del individuo... Jamás incurriremos en la burda barrabasada de que el hombre es lo que come o ingiere, pero no nos parece impensado conjeturar que el creciente consumo de azúcar pudiera contribuir a operar una palingenesia somática y psíquica en el hombre promedio de las Islas Británicas...

No es en balde que se haya calificado al azúcar como "el cristal de la energía". Por ende, una autoridad en el metabolismo

del azúcar, el Doctor Durán Quevedo, profesor de Fisiología en la Universidad de La Habana, aconseja -ratificando las investigaciones de Chernick y Abraham- carbohidratos de sacarosa para los diabéticos. El azúcar, manifiesta el aludido profesor, "desechando teorías mal fundadas, debe figurar hasta en la dieta de los diabéticos".

La economía de Puerto Rico y de Cuba está acuciada vitalmente por el imperativo categórico de solucionar, sin menoscabo, el problema recurrente del excedente azucarero. Claro está que nos guardaremos de emular el pésimo ejemplo del Brasil que hace apenas un lustro arrojó al mar o quemó una ingente cosecha de café, o el paralelo precedente de los Estados Unidos que, mal aconsejado por un ex-secretario de Agricultura, inmoló millares de hatos porcinos para aupar las cotizaciones crematísticas. Ni Cuba ni Puerto Rico cometerán -escapando por la puerta falsa de una hipercrisis catártica- la aberración de dulcificar el piélago salobre diabetizando, innecesariamente, tiburones, agujas y delfines... Porque, colectivamente, somos gente civilizada y asaz culta, no empece los pertinaces resabios de la dehesa...

El azúcar de caña constituye -aparte de su valor alimenticio- un precioso artículo de consumo internacional. (Apuntemos, incidentalmente, que a partir del siglo XVI, en que se inició en Europa el consumo de azúcar de caña, -que en aquella incipiente era justipreciado como importación de lujo destinada a honrar la mesa de reyes y demás gente de alcurnia- puede el ojo avizor otear una curiosa correlación entre el progresivo consumo de este renglón bursátil y el auge de la civilización occidental.) Apremia la hora de iniciar incursiones en los mercados vírgenes y de fomentar el consumo en los ya trillados. Otras naciones, además de Inglaterra, están ávidas

de liberalizar el usufructo de la cosecha mundial del azúcar. Bajo el programa del Punto Cuarto, se han comprometido a elevar el nivel de subsistencia en las vastas regiones donde prevalece una economía submarginal, el cual programa conlleva un mayor suministro de azúcar a esos países. Y desde un punto de vista realista, no hay razón, en términos estrictamente comerciales, para soslayar la promesa novísima de que el mercado soviético y el chino proyectan incorporarse discrecionalmente al comercio mundial...

Han transcurrido cinco lustros desde la publicación del libro "Food and Character" del Dr. Louis Berman, en el cual el distinguido endocrinólogo pronosticaba que el régimen soviético estaba abocado a perecer debido a que, a su juicio, la dieta del pueblo comunista era sumamente deficiente en esenciales elementos nutrientes. Ciertamente es que de entonces acá ha llovido a mares, pero, no obstante, recientes informes de sagaces observadores de la realidad cotidiana en el ámbito soviético, parecen coincidir en que, aún hoy, en el imperio soviético no hay, literalmente, miel sobre hojuelas... El áspero "pan negro" sigue siendo, prácticamente, el meollo de la dieta soviética. ¿Por qué no endulzar ese tosco pan con azúcar antillana, enriqueciendo así sus virtudes inherentes?

Dado el caso de que nuestra producción, haya o no haya sequías, seguirá superando la cuota azucarera que se nos asigna anualmente, no tendremos otra disyuntiva que volcar en mercados extranjeros -ya que el doméstico es para nosotros, por necesidad, el local y el de Estados Unidos- año tras año, nuestra sobrecuota. Bajo la equitativa égida de los Departamentos de Agricultura y Comercio del Norte, puede estimularse hasta el máximo el impulso centrífugo de nuestra industria azucarera. La venta a Grecia de una porción respetable

de nuestro remanente azucarero ya ha abierto la brecha que irá creciendo en la proyección del tiempo hasta abarcar el mundo entero.

F I N